

De Ovidio a Villamediana: nota crítica a los versos 1809-1812 de la Fábula de Faetón

Vicente CRISTÓBAL
Universidad Complutense

RESUMEN

Propuesta de lectura —contra las actuales ediciones— de los citados versos de la *Fábula de Faetón*, con apoyos en la fuente ovidiana, en la mitografía en general y en los usos estilísticos de Villamediana.

ABSTRACT

A new reading is proposed in this paper which dramatically changes the standard readings of a number of lines from Villamediana's *Fábula de Faetón*; in order to accomplish this it has been required the help of the Ovidian sources, a general knowledge of mythography, and accurate stylistic analysis of Villamediana's work.

Los versos 1809-1912 de la *Fábula de Faetón* del conde de Villamediana¹, primera mitad de la octava penúltima del poema, no deben leerse como se leen en las actuales ediciones, que los puntúan mal, sino así:

*Eridaneidas náyades, nereos
coro gentil de ninfas, se juntaron,
hespérides llorosas que trofeo
de metal duro en sitio blando alzaron.*

¹ Cito por la edición de J. M. Rozas, siempre que no haga otra indicación o propuesta.

En efecto, las ediciones de Rozas (Madrid, Castalia, 1980), Ruiz Casanova (Madrid, Cátedra, 1990) y Ruestes (Barcelona, Planeta, 1992) leen las tres de manera idéntica, con tropezón compartido y reiterado, de esta manera:

*Eridaneidas, náyades, Nereo,
coro gentil de ninfas se juntaron,
hespérides llorosas que trofeo
de metal duro en sitio blando alzarón.*

Expongo a continuación las razones del rechazo de esta lectura y de la nueva propuesta.

En primer lugar nos será de ayuda inestimable para entender el pasaje de Villamediana el remontarnos a la fuente ovidiana. Se trata de los versos 323-326 del libro II de las *Metamorfosis*:

*Quem procul a patria diverso maximus orbe
excipit Eridanus fumantiaque abluit ora;
Nāides Hesperiae trifida fumantia flamma
corpora dant tumulo, signant quoque carmine saxum,*

que, según traducción de Ruiz de Elvira², esto dicen en castellano: «Lejos de su patria, en apartada región del globo, lo acoge el gigantesco Erídano y le lava el rostro humeante. Las Náyades de Occidente entregan al túmulo su cuerpo que humea por causa de la llama de tres puntas y marcan la piedra con esta inscripción en verso». Ahí consta ya el nombre del río Erídano y constan las *Nāides Hesperiae* como agentes del entierro de Faetón. El poeta castellano, a partir del nombre del río en Ovidio, pone en escena, con una pequeñísima dosis de invención poética, a las ninfas hijas de ese río, esto es: a las náyades del Erídano, a las «eridaneidas náyades»³. Está claro, pues, que «eridaneidas» es una determinación de «náyades» y que no debe ponerse coma entre ambas palabras, como hacen los citados editores.

Por otra parte Villamediana ha sintetizado en acertada *variatio* la expresión ovidiana *Nāides Hesperiae* en la fórmula «hespérides», del todo equivalente. Y estos dos versos de la fábula castellana «hespérides llorosas que

² Ovidio. *Metamorfosis*, vol. I, Barcelona, Alma Mater, 1964, p. 58.

³ El nombre de náyades es, como se sabe, el de las ninfas de las fuentes, hijas de los ríos. Para lo relativo a las distintas clases de ninfas, v. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, Madrid 1975, pp. 94-95.

trofeo/ de metal duro en sitio blando alzarón» son, desde el punto de vista sintáctico, una aposición de «eridaneidas náyades». Pues, como advierte Ruiz de Elvira en nota a su traducción: «El Erídano es un río mítico cuya localización es en todo caso occidental, pero imprecisa; generalmente se le identifica con el Po; a veces con el Ródano», de modo que el concepto de «náyades del Erídano» entra dentro del concepto de «ninfas (o náyades) de Occidente (o Hesperia)», y muy bien puede valer este segundo concepto como aposición del primero.

Pero antes que ésta hay en el texto del poeta barroco otra aposición que afecta a «Eridaneidas náyades» y que los editores no han visto como tal o, al menos, no han puntuado como tal: se trata de «nereo/ coro gentil de ninfas». Porque contra lo que pudiera parecer —y el encabalgamiento «nereo/ coro» induce aún más al equívoco— aquí «nereo» no es el nombre propio del anciano dios del mar, padre de las Nereidas (eso han creído los editores y por eso lo han escrito con mayúscula y han puesto coma entre esta palabra y «coro»), sino un adjetivo que es calco del latino *Nereius*, *a, um* y que va determinando a «coro».

En la explicación del pasaje no se me oculta en este lugar una notable dificultad mitográfica, puesto que al calificar a las «náyades» como «nereo coro» parece Villamediana estar haciendo equivalencia entre náyades y nereidas, cuando bien sabido es que son distintas: hijas de los ríos aquéllas e hijas de Nereo, marinas por tanto y no fluviales, éstas. Entiendo, no obstante, que el poeta ha utilizado licenciosamente el adjetivo «nereo» con un significado algo más amplio que el que propiamente tiene en latín, es decir, como aproximadamente sinónimo de «acuático»: las náyades del Erídano, ninfas de Hesperia, eran además un gentil coro acuático de ninfas. Y además es seguro que la voluntad poética de crear una homofonía con «eridaneidas» ha impulsado al autor a utilizar este adjetivo, a pesar de esa relativa impropiedad semántica, pues bien manifiesta es la aliteración que se conforma así a lo largo de todo este verso, auténtico prodigio de sonoridad: «Eridaneidas náyades, nereo...»

La condición apositiva de la secuencia «nereo/ coro gentil de ninfas» exige la colocación de una coma entre «ninfas» y «juntaron» en el verso 1810, coma que omiten los editores, quienes parecen entender, puntuando tal y como puntúan, que quienes enterraron a Faetón eran una muchedumbre formada: a) por las náyades del Erídano («eridaneidas»), b) por las náyades en general («náyades»), c) por el dios Nereo («Nereo»), d) por un grupo indeterminado de gentiles ninfas («coro gentil de ninfas») y e) por las ninfas de Hesperia en general («hespérides llorosas»), lo cual evidentemente constitu-

ye una absurda enumeración —asindética— en la que de forma irracional se entremezcla lo general con lo particular o específico.

Por otro lado, una vez demostrado lo incongruente que sería una enumeración de esa índole (las ninfas con las náyades —que son una clase de ninfas— y las náyades en general con náyades de ríos y regiones concretas, enumeración tan disparatada como otra que dijera, por ejemplo: «galgos, mamíferos y perros» o «italianos, terrícolas, napolitanos y europeos») y demostrado, por tanto, que las secuencias «coro gentil de ninfas» y «hespérides llorosas que... alzaron» no pueden ser sino aposiciones de una secuencia anterior, entonces se deduce, a su vez, de forma paladina —creo— que «nereo» no puede entenderse como nombre propio independientemente de «coro», refiriéndose al viejo dios del mar, puesto que tal elemento sale fuera de la aposición «coro gentil de ninfas». Y, desde luego, no tiene ninguna justificación en la fuente ovidiana; mientras que sí la tiene la interpretación que proponemos.

No sólo la fuente latina, ni sólo la congruencia con la mitografía clásica apoya nuestra propuesta, sino también los usos estilísticos del propio Villamediana. Así, en el mismo poema, en consonancia con la naturaleza adjetival de «nereo» constatamos en primer lugar la gran frecuencia de adjetivos derivados de nombres propios de persona o lugar (formados mayormente son el sufijo -eo, pero también con otros sufijos) tales como «término febeo» (v. 413), «turba nerina» (v. 435), «coro panopeo» (v. 441), «piel nemea» (v. 483), «venéreo mirto» (v. 515), «rayo delfico» (v. 900), «lámpara febea» (v. 1279), «montaña etnea» (v. 1280), «luz febea» (v. 1339), «voces nerinas» (v. 1342), «urnas amalteas» (v. 1789), en vez, respectivamente, de «término de Febo», «turba de nereidas», «coro de Pánope», «piel de Nemea (o del de Nemea)», «mirto de Venus», «rayo de Delfos (o del de Delfos)», «lámpara de Febo», «montaña del Etna», «luz de Febo», «voces de nereidas» y «urnas de Amaltea».

Precisamente este último ejemplo nos resulta especialmente ilustrativo por cuanto que la correspondencia Amaltea/ amalteo, -ea y Nereo/ nereo, -ea es bien visible y en ambos casos, si no fuera por la mayúscula del nombre propio (según la norma castellana, porque la norma editorial para el latín comporta también, como se sabe, el uso de la mayúscula para este tipo de adjetivos) y si no fuera por la adopción en el adjetivo de sufijos de género y número (en este caso «amalteas», en femenino plural), no cambiaría la forma de la palabra.

En cuanto a las formas «turba nerina» y «voces nerinas», tenemos en ellas el uso de un adjetivo equivalente y sinónimo de «nereo», que tiene su

correspondencia con el latino *Nerinus, a, um*. Es más: la expresión «turba nerina» no es sino una variación semántica de «nereo coro». Es frecuente en Villamediana la estampa de ninfas o nereidas agrupadas, formando un «coro»: «coros de nereidas» (v. 431), «turba nerina», «coro panopeo» (pues este adjetivo deriva del nombre de la nereida Pánope⁴, que aparecía ya mencionada como tal en Homero *Il.* 18, 45 y en Hesíodo *Theog.* 250, y más tarde en Verg. *Georg.* I 437 junto a Glauco y a Melicertes, como destinatarios de ofrendas hechas por los marineros; aparece también en *Aen.* V 240 *Nereidum Phorcique chorus Panopeaque virgo*, que ha sido, sin duda, el verso que ha dado a Villamediana la sugerencia para la juntura «coro panopeo»; y en *Aen.* V 825, que concluye de nuevo con las palabras *Panopeaque virgo*; de modo que «coro panopeo» alude al grupo del que forma parte Pánope, es decir, un «coro de nereidas»), «bellas náuticas hijas de Nereo» (v. 445), «bellas téssalas ninfas» (v. 1305) y «coro de blancas náyades» (v. 1733). De la proveniencia antigua de tal imagen, y concretamente del uso de la palabra «coro», da prueba suficiente el antes citado pasaje de *Aen.* V 240, así como el de *Georg.* IV 460 *at chorus aequalis Dryadum*.

Otra circunstancia —aparte del encabalgamiento— que ha podido llevar al equívoco de considerar «nereo» como nombre propio del dios del mar es el hecho de que «coro» ya llevaba en el verso en cuestión otras dos determinaciones: «coro gentil de ninfas»; pero bien sabemos de la extraordinaria frecuencia con que en el lenguaje poético del siglo XVI, y especialmente en la poesía barroca, un sustantivo va acompañado de dos —o incluso más— adjetivos determinantes sin coordinación entre ellos. Así, del propio Villamediana citamos las ya aludidas secuencias «bellas náuticas hijas de Nereo» o «bellas téssalas ninfas».

En cuanto a la relativa rareza de que «nereo coro» no se refiera aquí propiamente a un coro de nereidas sino a un coro de náyades, por entenderse el adjetivo «nereo» con el amplio significado de «acuático», me remito a otro pasaje de Villamediana en el que creo que se da la misma amplitud significativa: es el verso 409 donde, describiendo la constelación zodiacal de Acuario, se dice que el personaje escanciador —que aquí no se identifica explícitamente con Ganimedes, como es habitual, y al que se le llama perifrásicamente «celestial Neptuno»— está «derramando el tributo de Nereo» y es evidente que «tributo de Nereo» está dicho por «agua» sin más.

⁴ Cf. W. H. Roscher, *Lexikon der griechischen und römischen Mythologie*, III.1, Hildesheim 1965 (Leipzig 1897-1902), col. 1538; pero Roscher omite los testimonios virgilianos que aquí citamos.

Ya hemos mostrado más arriba que, a pesar de la separación entre las dos palabras establecida por los editores, la secuencia «eridaneidas náyades» constituye un sintagma de adjetivo más sustantivo. Y hemos explicado, citando a Ruiz de Elvira, cómo el río Erídano se identifica frecuentemente con el Po. De esta identificación habitual está al corriente el poeta barroco cuando para referirse en otro verso al mismo sujeto del duelo y entierro de Faetón, esto es, a las «eridaneidas náyades», recurre a la variación expresiva «náyade del Po» (v. 1822), variación triple por cuanto que el plural se contrapone al singular colectivo, el adjetivo gentilicio al sintagma preposicional y el nombre del río mítico al nombre del río real con el que aquél se identifica. Esta fórmula «náyade del Po» la emplean precisamente las propias ninfas del Erídano para hablar de sí mismas como autoras de la sepultura de Faetón en el epitafio que le escriben, y que constituye la última octava de la fábula. De modo que el uso de tal fórmula es, desde dentro del poema, un apoyo más —prácticamente innecesario, dada la evidencia ya expuesta— de que «eridaneidas náyades» constituye una juntura sintáctica y no dos miembros de una enumeración.

Es también casi superfluo añadir a todo esto que el uso y abuso de la aposición (como las que tenemos en estos versos) es una característica bien marcada del lenguaje poético barroco y que muchas veces los poetas procuran, por mor del contraste, la discordancia en género o en número entre el sustantivo y su aposición (como aquí ocurre entre «náyades» y «coro»). Recuerdo que para este estilema nuestros poetas barrocos contaban con ilustres precedentes en los poetas latinos antiguos, en ejemplos tan conocidos como los de Virgilio *Ecl. I 57 raucae, tua cura, palumbes* y *Ecl. II 1-2 Alexin, delicias domini*.